



**Novela** En un escueto relato, el gran escritor húngaro Imre Kertész concede la palabra a un torturador de un imaginario país sudamericano

# La aberrante lógica del verdugo

**Imre Kertész**  
**Un relato policiaco**  
Traducción de Adán Kovácsics

ACANTILADO  
104 PÁGINAS  
12 EUROS

**ROBERT SALADRIGAS**

Tomemos la historia del libro de Imre Kertész (Budapest, 1929) desde sus orígenes. En la primavera de 1976 acabó de escribir la novela corta *El buscador de huellas*, la entregó a una editorial del Estado húngaro-huelga decir que en la Hungría socialista no habían editores privados- y le fue rechazada porque no era lo bastante extensa: "Se necesitaba", cuenta Kertész, "un mínimo de diez pliegos de imprenta para que un libro 'tuviera cuerpo' y resultaba que mi manuscrito apenas llegaba a los seis". Le propusieron que añadiera algo. Entonces retomó una vieja idea que quince días después se convertiría en *Un relato policiaco*. Para burlar los rígidos filtros de la censura Kertész enmarcó la trama en un imaginario país sudamericano donde el régimen militar golpista lucha a muerte contra sus disidentes.

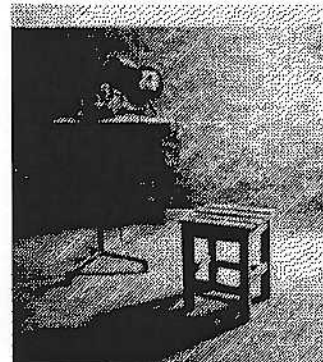
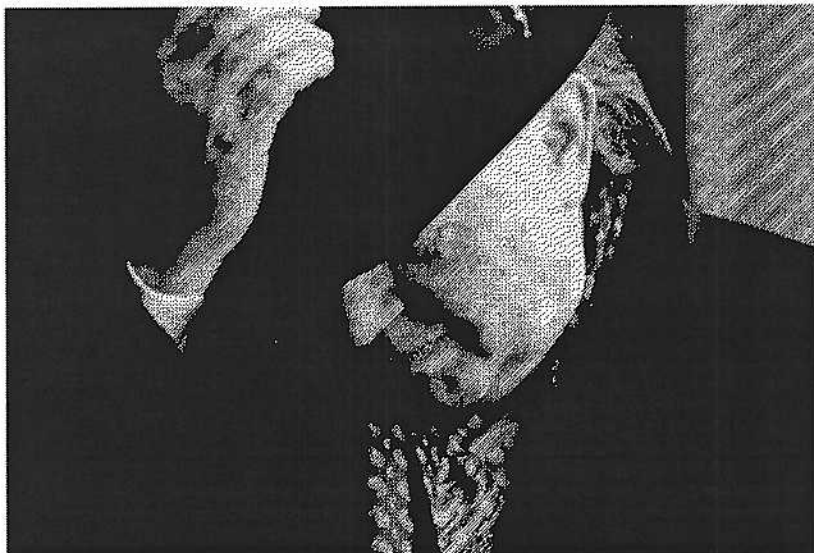
Es impensable suponer que Kertész, para quien después de la terrible experiencia de Auschwitz y Buchenwald la

sible, Kertész da la palabra al verdugo para permitirle narrar la huella que dejó en él su primera experiencia profesional, el suplicio y fusilamiento de Federico y Enrique Salinas, padre e hijo de la alta burguesía, propietarios de unos grandes almacenes que caen bajo las garras de la policía política por meras sospechas ante un probable atentado contra el oligarca, y si bien no se obtienen las pruebas buscadas son fatalmente eliminados en el patio del Cuerpo. No sólo saben demasiado en propia carne sobre los procedimientos de los esbirros del sistema, sino que mueren por su condición de enemigos fácticos a los que tarde o temprano habría que silenciar.

En aquella época Antonio Rojas Martens insiste en que "era todavía un novato", pero al final de su carrera, aunque no lo diga explícitamente y su abogado lo considere "un cinico" irredento dispuesto a asumir las consecuencias de sus actos, descubre lo mismo que aliena el pensamiento de Kertész tras haber

responsables de los exterminios pero, justamente, rescata de la hoguera la memoria de los humillados.

He aquí, creo, el sentido de concisa parábola política, uno de los ejes literarios de Kertész sobre los que no se permite concesiones. *Un relato policiaco* es un libro pequeño en extensión, tal vez circunstancial por lo que he comentado al principio, una historia sacada de la manga y escrita en apenas dos semanas cuando, explica Kertész, "mi organismo de escritor estaba entrenado, por así decirlo, para una labor problemática, de años, hasta de décadas de duración". Es también una obra menor si se compara con la impresionante trilogía sobre el drama del hombre superviviente del holocausto (*Sin destino*, *Fiasco* y *Kaddish para un hijo no nacido*), a la que quiero añadir dos ensayos ineludibles de su bibliografía, *Un instante de silencio en el paraíso* y *La lengua exiliada*. Nada de cuanto ha escrito Kertész desde que escapó del infierno hasta recoger en Estocolmo el Nobel de literatura en 2002 tolera el calificativo de leve. En cada uno de sus libros hay una carga testimonial y un pensamiento coherente, adverso por esencia a toda idea de corrección política, que en este tiempo suele generar incomodidad. Kertész habla desde la conciencia de un ciudadano europeo que conserva vivo el recuerdo carnal, iluminado por las escalofriantes efigies de Hitler y Stalin, de los dos grandes totalitarismos del siglo XX que han dejado secuelas de su abyección en el mundo de hoy. La lectura de Kertész obliga literalmente a ver las cosas como son y a no caer en la confusión de imágenes y pala-



Nada de cuanto ha escrito desde que escapó del holocausto hasta recoger el Nobel tolera el calificativo de 'leve'

El Nobel húngaro Imre Kertész en una imagen del 2004. A la derecha, una celda de interrogatorios en Budapest  
DANI DUCH / RICARDO ESTARRILL

literatura carecía de legitimidad o en todo caso era preciso "dejarla en suspenso", escribiera nada menos que una novela de género. El protagonista del irónico título (*Detektívörténet*) es un tal Antonio Rojas Martens, agente transferido de la policía civil al Cuerpo, unidad de inteligencia equivalente a la Gestapo nazi o la Brigada Social franquista, encargada de barrer por todos los medios a los terroristas que cuestionan la tiranía del Coronel. Poco antes de ser ejecutado Rojas Martens entrega a su abogado de oficio un texto confesional en el que relata cómo llegó a comprender y asumir la lógica aberrante de los asesinos a sueldo del poder. Rojas Martens es pues, llanamente, un torturador. Pero así como en la obra de Ariel Dorfman (Buenos Aires, 1942) *La muerte y la doncella* (1990) la víctima busca los ojos de su torturador amarrado a una silla, sin escapatoria po-

vido la expresión más refinada de la maldad humana y el dolor indescriptible que causa: el torturador siempre dignifica a la víctima y se degrada a sí mismo. El matiz importante es que antes o después -según Rojas Martens no durante el ejercicio de sus funciones- el atormentador ponga a prueba su capacidad de discernimiento y llegue a comprender la paradoja. En ello consistiría su penitencia -el hundimiento moral-, no ya en pagar con la vida el daño infligido a quienes antes que nada se les ha tratado de arrebatar la dignidad para hacerlos más sensibles al sufrimiento y vulnerables a la coacción. De manera que la ignominia del horror institucionalizado en los campos de exterminio, los gulags, los subterráneos de las policías políticas o detrás de las siniestras alambradas de Guantánamo, destruye a los empecinados verdugos igual que a los sátrapas

bras cotidianas, deliberadamente ambiguas, que con frecuencia se proponen aturdirnos.

Dejando a un lado el trazo esquemático de todos los personajes de la historia o la debilidad de la mayoría de sus diálogos, la introspección del torturador Rojas Martens -médula y razón de ser de *Un relato policiaco*- cobra mayor entidad si se considera una pieza más del mundo lúcido, veraz, incontestable, moralmente empobrecido, casi posthumano, que Imre Kertész ha levantado en la tierra arenosa de la literatura con voluntad de combatir el olvido. Los regímenes autoritarios, la mentira, la tortura, las vejaciones, el dolor generalizado, la muerte a mansalva no son ficciones aunque las alimenten. Nadie puede honradamente pensar que las obras de Kertész nacen de su imaginación. Ojalá fuera así. |